

## CAPITULO IV.

*Enamorado Don Abél de la Aventurera se va á vivir á su casa: desgraciadas conseqüencias de aquella resolucion.*

Fuí introducido de la misma manera que el dia antecedente, y encontré á Madama jugando con dos Caballeritos Franceses naturales de Picardía: apenas me vió, hizo que me sentáse junto á ella, y de quando en quando lanzaba suspiros, y me echaba unas ojeadas, que me acabaron de arruinar. Aunque los dos Caballeritos mostraron que envidiaban mi fortuna, no por eso dexáron de hacerme mil finezas, quizá por lisongear á Madama, viendo la parcialidad con que me miraba. Pásada como una media hora de juego, dió muestras de estár ya cansada, y dixo á los dos Francesillos que la perdonasen si levantaba tan presto la conversacion, porque cierto negocio urgente y grave pedia que se informáse reservadamente de mí sobre ciertos puntos de la mayor importancia. Al oír esto levantáron luego la visita los dos Caballeritos, y nos dexáron solos á los dos. Entónçes volviéndose á mí, me dixo: así me sacudo yo de estos moscones importunos y pisaverdes derretidos, que no los puedo sufrir, cansan-

dome infinitamente sus necias y atrevidas frialdades. He resuelto irme poco á poco deshaciendo de todos mis cortejantes, y solamente deseo (como tú lo quieras) vivir contigo una vida retirada, y muy distante de toda galantería. Sí, amado mio, tu sola conversacion es para mí mas gustosa y mas estimable que la de los mas grandes Señores, y desde que tuve la dicha de tratarte, conocí que la verdadera felicidad consiste en lograr la compañía de un hombre de un mérito como tú, que ponga á cubierto contra las malas lenguas á una muger, en quien nada encuentra que morder la maledicencia, sino la multitud de mis inocentes y decorosas amistades. Así me habló la tal Aventurera, y persuadido yo á que eran sincéras sus expresiones, en aquel mismo punto resolví unir á la mia su fortuna, y hacerme su comensal y compañero. Con esta ocasion la entregué el anillo, que admitió con la precisa condicion de que en correspondencia habia de recibir yo otro suyo, que ella misma me metió en el dedo.

Miéntas tanto tenia yo gran gana de ver la bellissima porcelana de la China, con que la habian regalado los Emperadores del Japon y de la China, no ménos que la gran cantidad de plata tan decantada, que estaba á la custodia de sus criados. Pero ella teniendo bien previsto este lance, y que yo no me descuidaria en hacer se me enseñáse lo que tan espontaneamente se me habia prometido, se habia anticipado á instruir á Leonilde en lo que debia hacer. Así que la mañana

del segundo día que me habia mudado á aquella casa entró la tal Leonilde toda desgrefñada, desaliñada y descompuesta, llorando amargamente, y poniendo los gritos en el cielo, pero afectando no poder articular palabra, como que todas se las interceptase el dolor; hasta que pasado algun tiempo, fixando los ojos en su ama en ademán de espiritada exclamó diciendo, que los grandísimos bribones del mayordomo, tesorero y repostero se habian escapado, despues de haber robado la tesorería, llevándose toda la preciosa porcelana, con casi todo el dinero y plata lábrada, pues de ésta solo habian dexado quatro cubiertos, y de aquel como unos veinte ó treinta escudos que se encontraron en las navetas. Yo he sospechado que aquellos infames tramaban alguna otra burla mucho mas pesada, porque los días pasados tenian entre sí grandes conferencias y cuchuchos, y harto será que la noche en que todos faltaron de casa, no se juntásen á tomar sus medidas para asegurar mejor el general y lastimoso despojo que han hecho de todo lo bueno que habia en ella. Quien hubiera visto á Madama en aquel lance creería que la tal noticia iba luego luego á quitarla la vida; cayó desmayada en tierra, con dos ó tres accidentes sucesivos; siguióse á esto un temblor violento y universal de todos sus miembros, quedándose tan pálida como una difunta: de aqui pasó á enfurecerse contra sí misma, arrancándose con rabia sus dorados y bellísimos cabellos, y arañán-

ñándose desapiadadamente la cara, para dar á entender que el dolor la habia hecho perder el juicio. Procuré confortarla lo mejor que pude y supe, aplicándola á narices, sienes y pulsos ya agua de melissa, ya espíritu de romero, ya agua del carmen, y desabrochándola así la cotilla, como el justillo, para que respirase con mayor desahogo, y no la oprimiese tanto la violenta palpitation de su hermosísimo seno, escena en que habia mucho de trágico, sin dexar de mezclarse una buena dosis de cómico; y si un pintor nos hubiera retratado, pintando á cada uno en los diversos trages, acciones y posturas en que estábamos, no dexaria de formar el quadro mas bello y mas divertido del mundo. Pasado un quarto de hora volvió Madama en sí, y viéndome todo afanado en el piadoso exercicio de socorrerla, ¡ah dueño amado mio! prorumpió con voz lánguida y desmayada: tú solo, y sola tu presencia puede hacer que yo viva despues de la cruel pérdida de todos mis bienes. Sí Señora, la respondí; no os turbeis ya mas por la desgracia que fabricó la villana infidelidad de vuestros codiciosos criados. Vuestro será de aqui adelante todo lo que yo poseo en este mundo; yo aunque ni mis alhajas, ni mi dinero podrán nunca suplir la falta de unos efectos tan preciosos, que necesariamente han de ser muy superiores á todo lo comun, siendo dádivas de los mayores Monarcas de la tierra, servirán á lo ménos, para que nada nos falte de lo necesario para pasarlo con-

toda decencia, y con bastante comodidad. Una oferta tan generosa, como no esperada, fué el milagroso elixir, que acabó de restituir á Madama todos sus espíritus, disipando enteramente aquel letargo mortal. Sosegóse aquella rabirosa inquietud, y poco á poco volvieron sus bellísimos colores á matizar el sitio que ocupaban en su tentador semblante. Caballero mio, respondió, según eso tú naciste para resucitar á una miserable. Si el amor que me tienes te hace hablar de esa manera, sería yo la muger mas ingrata del mundo, sino aceptára una gracia, que no admite superior. Aquí me tienes ya enteramente por tuya; quiero depender de tí y de tus insinuaciones todo el tiempo de mi vida, y jurándote una fé, que quizá dexará muy atrás á la que juró en otro tiempo la muger de Ulises, estaré siempre pronta á morir por tí, ya que por tí he vuelto á vivir. Arrojóse entónces á mí, echándome sus brazos al cuello, y bañó mi semblante con sus lágrimas. Pundonoroso cumplimiento de mi palabra dispuse que el dia siguiente se llevase á su casa todo quanto yo tenia en la posada; hice que todo pasase revista por sus ojos, y encontró lo que bastó para que no quedase descontenta su avaricia. De esta manera vivimos juntos en Cambray algunos dias, ni mas ni menos como si fuéramos marido y muger. Cerróse desde entónces la casa á todo género de hombres, tanto que los hijos de familia, para quienes ántes estaba tan franca has-

ta dexarlos sin pellejo, viendo aquella novedad comenzáron á hablar con toda libertad, haciendo la mas solemne, y mas maligna chacota de su retiro. En todas las conversaciones se hablaba de mí con el mayor desprecio, ni podia andar por la calle sin exponerme á la risa y chacota de todos los que me veían, particularmente de la gente del bronce; y ella, que tenia grande miedo de que al cabo llegasen á mis oídos aquellas voces, y me hiciesen abrir los ojos en grave perjuicio suyo, una noche, mostrándose mas tierna y mas apasionada de mí que lo ordinario: Don Abél (me dixo) despues que hiciste por mí lo que jamás me atreveria á esperar, debo estar segura de que nada me negarás, y de que estarás pronto á darme un gusto, que puede redundar en gran beneficio de ambos: esta ciudad me causa ya tanto tedio, que quisiera nos fuésemos al campo á gozar tranquilamente sin sujecion, ni ceremonias de nuestra quietud y amable soledad. De esta manera podremos reformar y poner en economía nuestra casa, llevando únicamente con nosotros á Leonilde, y á un solo criado, con lo que ahorraremos mucho del gran gasto, que es preciso hacer manteniendo tanta familia. Por otra parte nos libraremos tambien de la importunidad de los petimetres que acostumbraban freqüentar mi casa, y no pueden llevar en paciencia que yo los haya despedido, cerrándoles la puerta. Me agradó infinito la proposicion de Madama, y con efecto

la complací inmediatamente, llevándola pocos días después á una casa de campo que alquilé en las cercanías de Amsterdám. Sin duda estarán ustedes admirados de que hasta ahora no les haya declarado como se llamaba aquella muger, y es natural que tengan no poca gana de saberlo. Pero debo decirles, que tampoco yo lo supe en mucho tiempo, porque era tal el respeto que la tenía, en fuerza de mi amorosa pasión, que nunca me había atrevido á preguntárselo, y Leonilde había tenido siempre la precaucion de no nombrarmela, por guardar consecuencia, y llevar adelante lo que me había dicho, que ninguna boca era digna de pronunciarle, sino la de la misma Madama. Por tanto yo siempre la llamaba así, y á ella nada se la daba porque yo no la importunase sobre que me hiciese esta confianza, dexándome á oscuras en una cosa que es puntualmente la primera que desean saber todos los que se quieren bien. Pero oigan ahora ustedes la estraña casualidad con que supe al fin qual era su nombre.

Una mañana mientras ella estaba en la cama hasta medio día, segun su costumbre, me había baxado yo medio mal vestido en hábito de campo, á tomar el fresco á la puerta de la casa, que caía justamente al camino real. Ví venir hácia mí un pagecillo con un villete en la mano. Y como me vió en aquel sitio, y con un vestido ordinario, me preguntó: si era yo el criado de la Señora que estaba en aquella casa? Respon-

pondíle que sí, por la curiosidad de ver en qué paraba aquella pregunta. Pues tome usted este papel, me dixo, y entreguesele á la Señora, sin que ninguno lo vea, ni lo sepa. Ya sé yo que usted está acostumbrado á hacer estos recados con toda la habilidad que se requiere, y que no dexará de hacerlo como sabe en esta importantísima ocasion. Yo esperaré la respuesta en aquellos dos caminos que no están lejos de aquí, hácia la mitad del que va derecho á Amsterdám, á donde Vmd. tomará el trabajo de llevarmela. Tomé la carta con mano trémula, y corazon sobresaltado, aunque hice quanto pude para que no lo conociese el mensajero. Luego que éste volvió las espaldas, me entré en la casa, y encerrandome en un quarto baxo medio escusado, leí el sobrescrito de la carta, que decia así: *A mi Señora Doña Poliandria Gavilán.* ¡Bello nombre! dixé entre mí (1). ¡Admirable apellido! uno y otro expresan bien distintamente sus principales propiedades. Abrí después la carta con toda aquella turbacion que ustedes se pueden figurar, y hallé que contenia las siguientes lacónicas, aunque bien claras expresiones.

*Querida mia,*

*Todo está ya prevenido para el gran golpe que tanto me has encomendado. Avísame la hora pre-*

(1) *Poliandria* quiere decir una muger que se abandona á muchos hombres: y el apellido *Gavilán* denota su rapacidad contra estos amantes.

cisa, en que mañana á la noche deben estar los asesinos á la puerta de tu casa. El dia siguiente estarás ya libre de tu insigne bienhechor, y yo entraré á gozar contigo el bello patrimonio que te regaló, para consolarte en la pérdida de los Imperiales regalos que te hicieron los potentísimos Emperadores del Japón y de la China.

Tu Rafaelino Capicelatro.

Consideren ustedes, qué tal quedaria yo al leer el infame emplazamiento de una conspiracion, cuyo objeto era no menos que el de quitarme la vida. Todo mi amor se convirtió en un furiosísimo odio, y resuelto á dar la muerte con mis propias manos á la cruel ingratisima hembra, me armé con un puñal, corro á su quarto, entro en él, arrojando centellas por los ojos, y negra espuma por la boca; me arrimo al lecho para embaynarle en su seno, pero viendola tan hermosa, como verdaderamente era, una centella de amor me detiene el brazo, y me hace suspender la execucion. Lanzo un doloroso suspiro, pero tan fuerte y tan violento, que Doña Poliandria Gavilán despertó pavorosa. Me vé con el acero en la mano, dá un gran grito, salta en camisa de la cama, comienza á correr por la casa, sin que yo, neutral todavía en mi resolucion, diese un solo paso para impedirla. Acude Leonilde á los gritos de su ama, hace lo mismo el infame criado, que iba de acuerdo con ella en el exécrable homicidio, que pensaban cometer; pone á los dos por

testigos de lo que yo queria executar, y confiada en el abrigo de ambos, comienza á cargarme de improperios, sin que yo, sobrecogido enteramente de lo que veía, tuviese valor para alentar siquiera una palabra en mi defensa, ni darla en rostro con la alevosa traicion que me tenia tramada.

## CAPITULO V.

*Sale Don Abél desterrado de Amsterdám. Vuelve á Brusélas. Transita por Cambray; sucesos de esta Ciudad. Viaja por todas las Provincias de la Francia. Entra en Saboya, y su encuentro en Chamberi con cierta persona.*

Concluida esta escena, vistióse la Señora mia, montó en una calesa que habia en casa, y partió derecha á Amsterdám, donde puso una querella contra mí en aquellos Tribunales, y valiendose de la necia donacion que yo la habia hecho, logró sentencia favorable, adjudicandola todos los bienes que malamente la habia donado. El poco dinero que me habia quedado se lo engulleron todo mis Abogados, sin haber hecho mas que divertirme siempre con buenas esperanzas, que nunca tuvieron efecto, y ella triunfó con una

enorme injusticia, que me consumió todo el peculio: pero tambien me curó radicalmente del amor. Lo peor de todo fue, que me desterraron por diez años del territorio de Amsterdám á título de asesino; y esto porque mis Señores Abogados, viendome ya sin dinero, no hicieron caso de mí, ni me aconsejaron siquiera que compareciese personalmente á justificar mi conducta. Viendome de esta manera, anduve algun tiempo vagamundo y mendigando, hasta que encontrandome en Bruselas un hombre que me conoció, halló modo de emplearme donde pudiese ganar lo bastante para presentarme en la calle con decencia, y poder tratar con la gente de bien. Desde aqui escribí á España, de donde me enviaron algunas letras de cambio, con las quales me puse en parage de poder volver al juego, y siempre con la misma igual fortuna. Acostumbrado yo, por buenos y muy racionales motivos, á detenerme poco en aquellos pueblos, donde el juego me ha producido ganancias considerables, partí de Bruselas para volverme á Francia por la via de Cambray. La misma noche de mi llegada á esta Ciudad entré en un café, donde quedé sorprendido, quando ví en él aquel mismo hombre que habia representado el papel de Repostero en casa de Madama Gavián. Él tambien me estuvo mirando fixamente por algun tiempo, y despues que me reconoció: Señor, me dixo, yo tengo pendiente una cuentecilla con Vmd. ¿Qué cuentecilla? le respondí. La de un luis de oro, repuso él, por el chocolate

que

que serví á Vmd. cierta noche en casa de aquella Ramera que Vmd. sabe. ¿Pues qué, le repliqué, no eras tú criado suyo con oficio de Repostero? Yo fui llamado de orden de su mercé, y quando salí del gabinete, donde su mercé tomó el chocolate, me dixerón que su mercé le habia de pagar. Siendo eso asi, repuse yo, estoy obligado á hacerlo: pero un luis de oro por dos xícaras de chocolate, me parece demasiado. Señor, replicó él, quando nos hacen salir de la tienda para despachar nuestros géneros, no los vendemos á menor precio; además de eso; no se ha de pagar tambien lo mucho que pierde un hombre, quando le ven entrar en casa de semejantes personas? Esto último me obligó á callar, y á darle prontamente lo que me pidió, sin querer enredarme en mas questões. Esta mi docilidad fue de mal exemplo, porque aquella misma noche vino á mi posada el que se decia Bodeguero, el qual era en suma un reyendedor de perversas pastas, y de una pestilente malvasía: vino á que cerrasemos su cuenta, y ésta se canceló pagandole al doble de lo que me habia llevado el del chocolate. Fácilmente creerá qualquiera, que el dia siguiente muy de mañana me partí de aquella Ciudad, no solo por temor de que viniesen otros acreedores de Madama á que les pagase lo que ella les debia, sino tambien por huir de las pesadas burlas, que me harían muchos pisaverdes, para desquitarse de las que mi Señora Doña Poliandria les habia hecho á ellos.

Des-

Desde entonces comencé á visitar todas las Provincias de Francia, y no habiendose cansado la fortuna de favorecerme en el juego, dentro de poco me volví á ver en el mismo brillante estado en que me hallaba, quando tuve la gran dicha de caer en gracia á la favorita de los Principes de Oriente. Determiné volver á Italia, y tomando la ruta de Leon, me encaminé por la Saboya al Piamonte. Habiendo llegado á Chamberi, me quise detener un dia para ver lo mas notable de aquella Ciudad. Visité las Iglesias principales, como tambien los edificios mas celebrados en ella; pero nada encontré que mereciese mi particular atencion. Al tramontar el sol me volví á mi posada, quando encontré un hombre, que se paró á mirarme con grandísima curiosidad. Tambien le miré yo á él atentamente, y nunca pudo mi memoria dar con la idea de aquella fisonomía. Sin duda que el tal hombre me vino siguiendo á la larga; porque apenas llegué al meson, y entré en mi quarto, quando llegó el Camarero á decirme, que preguntaba una persona por el Señor Don Abél. ¿Quién puede ser, dixé entonces, el que me conoce por mi nombre en una Ciudad, donde nunca he vivido, y esta es la primera vez que he entrado en ella? Respondióme el Camarero, que tenia traza de ser algun criado. Díle que entre, sea quien fuere, proseguí yo, y veremos qué es lo que me quiere. Hízole entrar, y conocí ser aquella mismísima persona que se habia parado en la calle á mirarme con tan-

tanta atencion, cuya cara me parecia haber visto otras veces, pero sin poder caer en cuenta de quién fuese. Volvíle á considerar de nuevo, mas tampoco entonces hubiera conocido al tal personaje, si él mismo no se hubiera anticipado á satisfacer mi curiosidad, diciendome: Señor Caballero, yo soy la segunda Camarera de Madama Poliandria Gavilán, aquella misma que Vmd. despidió de su servicio, quando partió de Cambray á la casa de Campo; pero que siempre he sido un hombre real y verdadero en traje de muger. Víle á Vmd. esta tarde, y habiendole conocido, vine á hacerle esta visita, solamente para pedirle perdon de una traición que se habia tramado contra su vida, y de que por gran fortuna suya se libró. Sepa Vmd. que yo soy aquel mismo Don Rafaelino Capicelatro, de quien estaba firmado el papel que entregó á Vmd. el mensajero de Amsterdám; y aunque habia salido de la casa con acuerdo secreto de Poliandria, mantenía con ella oculta correspondencia de cartas, precisamente para sacrificar á Vmd. en la forma que significaba el villete, aprovechando la primera ocasion que se ofreciese. Añadióme, que la Leonilde era prima carnal de Madama, y el criado con que se habian quedado, principal manipulador de tan detestable proyecto, era su tio. Aunque se me herizaban los cabellos al oír las maldades de una muger, que usaba conmigo una ingratitud sin exemplo, todavia tuve la curiosidad de saber de ella, y por qué razon la habia abandonado el mismo Ra-

fa-

faelino. De todo le informaré á Vmd. me respondió prontamente, solo con que me dé palabra de perdonarme todo lo que he maquinado contra su persona. Habla, y explícate con toda libertad, le dixé, puesto que mi cólera se pasó luego, y mas despues que los jugadores de Francia me facilitaron el modo de volver á llenar mis talegos de tanto y aun quizá mas dinero, que el que me consumió aquella ingratisima muger.

Hice entonces sentar al dichoso Don Rafaelino, y para que tuviese mas vigor para contarme sus aventuras, mandé al mesonero que le traxese de beber del mejor vino del Delfinado que tuviese en la bodega. Bebió, y despues que contentó la sed, dió principio á su discurso de esta manera.

Yo soy hijo de un vecino de Mompeller, que fue ahorcado por ladron en Aix la Chapele. La desgracia de mi padre nos obligó á andar vagamundeando á todos sus numerosos hijos: yo anduve mendigando por varias Ciudades de Francia, hasta que llegué á Amiens á tiempo que Madama Poliandria hacia en aquella ciudad una estrepitosa figura. Vióme un día á la puerta de una Iglesia, donde la pedí por caridad alguna limosnilla; sin duda la debió de agradar mi buena traza, gracias á mi madre que me la dió, y era una muger, que aunque plebeya, tenia grande inclinación á la nobleza. El hecho es, que Madama mandó á un criado suyo, que me dixese la fuese siguiendo á su casa, donde fuí recibido como una persona ya muy conocida y muy estimada de

de todos. Mandó Madama que me labásen, peynásen y puliesen, llenándome de perfumes, y que me vistiesen de muger con toda decencia, en cuyo trage me mantuve siempre, como Vmd. mismo me vió. Este trage que nada desdecia de las facciones de mi cara, y del candidísimo cutis, solo era para no dar lugar á las sospechas y murmuraciones de los que freqüentaban su casa, pues por lo demás servia á Madama en figura de hombre, siempre que estábamos solos y á nuestra libertad. Tenia muchas alhajas, y un grandísimo peculio; porque aunque es verdad que eran meros sueños los decantados regalos, que se jactaba haber recibido de los Príncipes del Asia, es cierto que sus navetas estaban atestadas de las liberalidades de sus necios amantes, á los quales habia tenido ella habilidad para reducirlos impunemente á la última miseria. Saltando de ciudad en ciudad llegó á Cambray, donde recogió los mas ricos despojos de la juventud mas florida, y á donde Vmd. mismo llegó á añadir nuevos trofeos á sus triunfos. Vmd. sabe mucho mejor de lo que yo se lo sabré decir, que á pesar de las grandes atenciones que mostraba tener á su persona, desprendiéndose de todos los objetos de sus pasados amores, nunca tuvo valor para desprenderse de mí, sino quando concertamos entre los dos hacerme dueño de ella, de sus riquezas y de las de Vmd. privándole de la vida. Asi que el haberme despedido de su casa, fué un mero y purísimo artificio, para disponer mejor, y volver á ella como dueño



despótico de todo ; y del papel que tuvo Vmd. en su mano colegiria el medio de que se queria valer para ponerme en pacífica posesion de su cuerpo y de todos sus haberes.

## CAPITULO VI.

*Cuenta Don Rafaelino lo que sucedió á la Aventurera despues que D. Abél fué desterrado de Amsterdám.*

Despues que Vmd. salió desterrado de Amsterdám , inmediatamente se restituyó á su casa de campo la Aventurera , y yo con ella. Desde entónçes no quiso verme mas en traje de muger, ántes bien quiso que me aprovechase de los mas ricos y mas magníficos vestidos que habia dexado Vmd. en aquella casa. ¡ Admirable transformacion para mí ! Hacer de Señor , y mandar despóticamente , donde pocos dias ántes hacia todos los oficios de una simple criada. Dió orden para que la traxesen todas las alhajas , joyas y dinero que habia depositado en poder de cierto confidente suyo, ántes que Vmd. se pasase á vivir en su compañía , y dándose un nuevo ayre de grandeza comenzó á vivir con el mayor esplendor que podia imaginarse en una muger de su esfera. Pero lo cierto es , que por entónçes habia renunciado ya todos los cortejos amorosos , y que era con-

migo mucho mas fiel , que lo habia sido con Vmd. Antes bien el ardentísimo amor que me tenia , fué casi la ocasion que me obligó á abandonarla , como lo conocerá Vmd. por lo que ahora le diré.

Leonilde , á quien yo habia tratado siempre con la mas estrecha confianza con motivo del uniforme empleo que exerciamos los dos , ocupaba en mi corazon un lugar muy superior al que creía ocupar nuestra ama. Es verdad que procuraba ocultar mi inclinacion , y que nuestra correspondencia habia estado hasta aquel tiempo felizmente ignorada de toda la familia. ¿ Pero qué no vén , y qué no descubren los ojos linceos de una muger enamorada ? Poliandria por una sola ojeada que estando un dia comiendo , me vió echar á mi antigua compañera , conoció que su camarera , á quien jamás llamaba prima , no era para mí un objeto indiferente ; y pareciéndola que nuestro amor no podia ménos de haber echado raices muy profundas por el largo trato y familiaridad con que habiamos vivido juntos en tanto tiempo , pensó que solamente la separacion y la ausencia podrian desarraigarle. Resolvióse , pues , á deshacerse de ella , no obstante los importantísimos servicios que la habia hecho. Con este pensamiento la envió á Amsterdám acompañada de un criado , con el pretexto de que compráse alguna tela para ropa blanca ; pero no volvieron á parecer ninguno de los dos. Mientras tanto se aplicó á observar atentísimamente qué